



Once relatos mitológicos y uno más de propina



COLECCIÓN PLANETA VERDE

- © del texto, Tony Llacay, 2012
- © del texto, Montserrat Videvall, 2012
- © Ilustración de cubierta: Shutterstock

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Tercera edición | enero 2018
ISBN | 978-956-247-952-3
Impreso en China / *Printed in China*

Diseño de colección
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, sin permiso previo por
escrito del editor.

**El libro original protege el trabajo
del autor, diseñador y del equipo
editorial. Comprar el original es
respetar ese trabajo. No fomentes
el delito de la piratería.**

Once relatos mitológicos y uno más de propina

Toni Llacay
Montserrat Viladevall

PRÓLOGO

Los relatos de la mitología clásica pueden parecernos lejanos, meros residuos del pasado. Sin embargo, su atenta lectura nos descubrirá un mundo hecho a imagen y semejanza del nuestro: los avariciosos se verán reflejados en el rey Midas, los narcisistas en Narciso, los desafiantes en Marsias y, para poner fin a la lista, los enamorados en Eros y Psique, pero también en Apolo y Dafne, Hermafrodito, etcétera.

A pesar de los cambios que ha experimentado la humanidad desde los tiempos de la civilización helena, las personas, volcanes de deseos, sentimientos y pasiones, no hemos variado con la misma intensidad. Todavía estamos anclados en nuestras emociones, y la racionalidad ocupa tan sólo una pequeña parte de nuestras motivaciones. Así, los textos mitológicos de griegos y romanos nos muestran hasta qué punto las culturas clásicas sabían que, por ejemplo, el amor, la ira y el miedo podían más que cualquier argumento, por muy bien formulado que éste estuviera.

Dicho esto, quizá haya llegado el momento de dar comienzo a la lectura del libro y gozar de algunos de los relatos, adecuadamente adaptados, de los que bebe nuestra cultura. Como esperamos que no tengan suficiente con las once narraciones iniciales, les dejamos otra de propina. ¡Que disfruten!

Los autores

Apolo y Dafne

En griego, *dafne* significa «laurel». «Dafne» fue el nombre del primer amor de Apolo. Un amor imposible. Y, aunque la ninfa prefirió transformarse en árbol antes que caer en los brazos del hermoso Apolo, el dios la honró tomando el árbol en que se había convertido como su planta sagrada y uno de sus atributos.

El enfrentamiento entre Eros y Apolo

A comienzos de los tiempos mitológicos, una serpiente gigante llamada Pitón se dedicaba a causar estragos entre los pueblos acabados de crear. Tan grande era el espacio que cubría con su cuerpo cuando se movía que las gentes vivían en permanente terror y clamaban a los dioses. El dios Apolo decidió enfrentarse con el temible reptil. Sin embargo, tenía muy poca experiencia. Hasta aquel momento solamente había luchado contra los gamos y las cabras a las que arrojaba sus flechas. Combatir contra el áspid era, obviamente, un reto de mayor envergadura. A causa de ello, cuando tuvo a la bestia a tiro siguió la técnica de exterminarla sepultándola bajo miles de flechas. Y lo consiguió. Vacío todo su carcaj y no paró hasta que el animal dejó de moverse y la sangre manó de sus heridas negras.

Tras esta primera gesta, el dios Apolo se sintió tan orgulloso de sí mismo que pensó que aquello no podía quedar en el olvido y fundó los Juegos Píticos (por Pitón, claro). Cualquier joven que venciera en ellos con sus manos, sus pies o su carro era premiado con una corona de encina (porque todavía no existía el laurel).

Aun así, no parecía haber suficiente espacio en la tierra y en el cielo para Apolo y para su ego. En otras palabras, que al dios se le subieron los humos a la cabeza. Fue entonces cuando vio al jovenísimo Eros doblando su arco para tensar la cuerda y cometió la temeridad de exclamar:

—¿Qué haces, tú, pequeño insolente, manejando armas tan poderosas? Estos artefactos son para dioses como yo, capaces de herir con tiros certeros a bestias salvajes y a enemigos prodigiosos. No hace tanto que abatí con una lluvia de flechas a la temible serpiente Pitón, que destruí la tierra aplastándola con su vientre putrefacto. Tú cófrmate con encender pequeños amores con tus diminutas flechas y no intentes alcanzar grandes triunfos.

Eros, el hijo de Afrodita, replicó furioso:

—Puede que con tu arco atraveses todo lo que desees, pero el mío te atravesará a ti.

Pronto descubriría Apolo que había sido más osado al retar a Eros que al matar a la serpiente. Porque el dios jamás se había enamorado y fue Eros quien determinó su primer amor. Y, en venganza, decidió hacerlo desgraciado y lo engendró con flechas de distinto signo. El dios del amor subió al monte Parnaso, y con fría premeditación tomó una flecha que hacía nacer la pasión y una flecha que la ponía en fuga.

Dirigió la flecha del amor, hecha de oro y con la punta afilada, al pecho de Apolo y ésta le atravesó los huesos hasta la médula. En cambio, apuntó con la flecha del desamor, despuntada y fabricada con plomo, a la bellísima ninfa Dafne, hija del dios-río Peneo.

La decisión de Dafne

Dafne estaba decidida a seguir los pasos de la diosa Ártemis, que permanecía virgen, ajena al amor y que valoraba por encima de todo la vida en el bosque y la caza. Dafne también recorría incansable los bosques en busca de presas que capturar. No cuidaba su aspecto. Vestía una simple túnica y una venda recogía su cabello despeinado. Sin embargo, ni aun así podía ocultar su intensa belleza. Y, a pesar de que la ninfa prefería la inaccesibilidad de los bosques a la alegre vida de las ciudades, siempre había alguien dispuesto a ofrecerle su amor.

Ella los rechazaba a todos, insensible como una piedra. Sólo se sintió turbada cuando, en una de las pocas ocasiones en que visitaba a su padre, éste le dijo:

—Hija, me debes un yerno.

Su bello rostro se ruborizó avergonzado y la ninfa acertó a murmurar:

—Padre, ya saben que jamás me casaré.

—Hija, me debes unos nietos.

Dafne lo miró entristecida. ¿Cómo podía hacer entender a aquel anciano obstinado que aborrecía el matrimonio, que no sabía lo que era el amor ni deseaba conocerlo?

Finalmente, rodeando el cuello de su padre con sus tiernos brazos, le dijo:

—Permíteme gozar, padre queridísimo, de una perpetua virginidad. Así se lo concedió Zeus a su hija Ártemis.

—Hija, aunque lo lamente, puedo aceptarlo. Pero tu propia belleza será la que te impedirá obtener lo que desees. Eres demasiado hermosa para permanecer sola.

Una persecución desesperada

Así estaban las cosas cuando la flecha del airado Eros impactó de lleno en Apolo. Inmediatamente, el dios se sintió loco de amor por la muchacha. Su pecho ardía como arden las espigas de trigo si alguien se acerca demasiado con su antorcha. Así, la deidad se consumía en llamas por un amor imposible. El gran dios, hermoso, alto, admirado en todas partes por su larga cabellera negra cuyos bucles tenían reflejos azulados, temblaba como una hoja pensando en ella.

Miraba a Dafne desde la lejanía, veía los cabellos que le caían en desorden sobre el cuello y pensaba:

—Con qué gusto se los peinaría.

Observaba sus ojos, que brillaban como las estrellas y susurraba:

—Con qué gusto se los besaría.

Veía sus labios voluminosos y gemía.

—Con qué placer se los mordería.

Contemplaba sus dedos, sus manos, sus antebrazos desnudos y lloraba.

—Con qué pasión los acariciaría.

Y, dejando volar la imaginación en torno a lo que no veía, se lanzó a la caza de la joven ninfa. Dafne escapó, más veloz que la leve brisa, pero él la persiguió gritando:

—¡Te lo ruego, Dafne, hija de Peneo, detente! No te persigo como enemigo. No huyas de mí como los corceiros lo hacen del lobo, los ciervos del león o las palomas del águila. No es la hostilidad la que me impulsa hacia ti, sino el amor.

Y continuó con su perorata, que parecía tan imposible de detener como su rápido paso.

—¡Desdichado de mí cuando pienso que por mi causa puedes caerte o pueden arañarte las zarzas! Tu cuerpo perfecto no lo merece. Son demasiado abruptos los lugares que estamos atravesando, hermosa Dafne. Te ruego que no corras tan de prisa. Yo te prometo que también te seguiré más despacio.

Pero ella no bajó el ritmo ni le respondió. Apolo no se sintió desanimado y continuó con su discurso:

—¡No sabes de quién huyes, Dafne! No soy ni un cazador rudo ni un pastor ignorante. Zeus es mi padre y me honran como a su señor en Delfos, Claros, Ténedos y el reino de Pátara. Yo revelo lo que ha sido y lo que será. Yo hago que armonicen los versos y la música. Yo he inventado la medicina y me llaman «sanador». Sin embargo, aunque mis flechas son certeras, otra más poderosa se ha hundido en mi pecho y ni siquiera mis medicinas pueden luchar contra ella. ¡Ay de mí! ¡No existen hierbas que puedan curar el amor!

Apolo deseaba continuar hablando, pero Dafne, lejos de sentirse convencida, aceleró el paso. El dios contuvo la respiración al ver cómo el viento desnudaba sus miembros y sus ropas temblaban agitadas por el esfuerzo. La propia huida aumentaba la belleza y la sensualidad de la mujer.

Así que el dios olvidó sus monólogos y comenzó a correr de verdad, igual que un perro cazador avanzaría tras su presa, mientras ella se apresuraba en pos de su salvación. Atrás quedaban los halagos y las súplicas. Como el sabueso a punto de atrapar a su víctima, Apolo esperaba alcanzarla al cabo de un momento, y ya la rozaba con los dedos y dejaba que ella sintiese su respiración en el cuello. Mientras, Dafne, al saberse superada, corría más rauda usando sus últimas energías. A él lo impulsaba la esperanza, a ella, el miedo.

No obstante, el más veloz era el perseguidor y no daba tregua. La ninfa palideció ya sin fuerzas y, vencida por el cansancio de la veloz fuga, hizo un último esfuerzo al ver las aguas del río Peneo y gritó:

—¡Ayúdame, padre! ¡Si los ríos tienen algún poder, transfórmame y haz que desaparezca para siempre la figura por la que he sido demasiado amada!

Apenas había terminado su ruego cuando la pesadez y la torpeza invadieron sus miembros, una fina corteza recubrió su pecho blanquísimo, sus cabellos comenzaron a convertirse en hojas y sus brazos en ramas. Sus pies, antes tan veloces, se anclaron en el suelo con poderosas raíces. Dafne se había transformado en un árbol.

Apolo se detuvo horrorizado. Sin embargo, aun así la amaba. Posando su mano sobre el tronco, sintió palpitar el corazón de Dafne bajo la nueva corteza y no pudo evitar abrazar el árbol como si fuera el cuerpo amado. Y besó la madera y, aunque parezca imposible, el leño intentó rehuirlo.

Entonces, Apolo dijo:

—Ya que no puedes ser mi esposa, serás mi árbol. Siempre te llevaré conmigo. En mi cabello, en mi cítara, en mi vaina... E, igual que mi cabeza conserva siempre joven su larga cabellera, tú llevarás el perenne adorno de tus hojas.

Así Apolo puso fin a sus palabras, y el laurel movió todas sus ramas acabadas de nacer como si celebrara el honor que se le concedía.

Los dos nacimientos de Dioniso

Dioniso, el dios de la viña, del vino y del delirio místico, no es un dios corriente. Para empezar, no nació una sola vez, como suele ser normal, sino dos...

El amor abrasador de Zeus

Zeus se enamoró de Sêmele. Para seducirla mudó su aspecto en el de un joven apuesto y se presentó ante la muchacha. La chica aceptó sus seductoras proposiciones y durante un tiempo fueron amantes. La relación fue viento en popa hasta que Sêmele se quedó embarazada.

La esposa de Zeus, la celosa y vengativa diosa Hera, se enteró de lo acontecido y se prometió a sí misma que aquella simple mortal pagaría su ofensa. Se personó en la casa de Sêmele con el semblante de una anciana y entabló conversación con ella. Después de una larga charla consiguió que le revelara su secreto.

—Si quieres evitar la deshonra de tu familia, debes hacer que Zeus reconozca la paternidad del niño que llevas en tus entrañas. Pídele que se muestre ante ti con su aspecto auténtico y que se funda contigo en un abrazo amoroso como hace con su esposa —la aconsejó Hera con perversa intención.

Con estas palabras, consiguió convencer a la ingenua Sémele, quien al reencontrarse con su amado, le pidió que le concediese un regalo sin especificarle de qué se trataba. Traicionado por la pasión, Zeus aceptó.

—Quiero que me abracés y me ames de la misma manera que a tu esposa —dijo la inocente muchacha.

Zeus deseó haber podido tapar la boca de la chica antes de que pronunciara esas palabras, pero ya era tarde, y los dioses están obligados a cumplir con su palabra. El dios se elevó hacia las alturas, recogió los rayos, las nubes y los relámpagos, y se fundió con su amante en un abrazo amoroso y al mismo tiempo mortal. El cuerpo de la joven no pudo soportar la potencia de las fuerzas celestes y Sémele pereció abrasada.

El nacimiento doble de Dioniso

Ante la desgracia que había causado, Zeus reaccionó con diligencia y extrajo el hijo del seno de Sémele, que estaba en el sexto mes de gestación. Ése fue el primer nacimiento de Dioniso; pero como el cuerpo de la criatura aún no estaba maduro del todo, el dios del rayo se lo cosió en seguida al muslo para que acabara de desarrollarse. En el noveno mes de gestación, el niño nació por segunda vez, aquella vez ya perfectamente formado. Su nombre nos indica el origen tan curioso de Dioniso, pues significa «el dios nacido dos veces».

Temeroso de lo que su esposa le pudiera hacer a la criatura, Zeus se la confió a Hermes, el dios del comercio y del robo, quien lo entregó a los reyes de Orcómeno, Ata-

mante e Ino, para que lo criaran. El dios les aconsejó que lo vistieran con ropas femeninas para evitar las sospechas de Hera, pero ésta no se dejó engañar y volvió locos a los dos tutores.

Para evitar males mayores, Zeus se llevó a su hijo al lejano país de Nisa con la intención de que las ninfas de aquellas tierras lo educasen. Como la ira de Hera todavía no se había aplacado, el dios decidió transformarlo en cabrito, lo cual fue suficiente para que pasara desapercibido durante un tiempo y pudiera llegar a la edad adulta.

Marsias, el flautista

Cuando lo que se desea es vivir durante muchos años y lo más tranquilamente posible, desafiar a los dioses no es lo más conveniente. Marsias lo comprobó en primera persona.

Marsias encuentra la flauta

Atenea inventó la flauta de doble tubo, que producía la música más bella que jamás se hubiera escuchado en toda Grecia. La diosa estaba muy orgullosa de su invento, pero un día, mientras lo tocaba ante un arroyo, observó cómo se le inflaban las mejillas deformando su precioso rostro. La imagen reflejada en el agua la horrorizó, de modo que arrojó la flauta bien lejos, amenazando con los más terribles castigos a quien la recogiese.

La casualidad quiso que fuera el sileno Marsias quien la encontrase. Con el tiempo llegó a tener tal destreza con el instrumento, que se atrevió a desafiar al mismísimo Apolo, dios de la música:

—Apolo, te reto a que demuestres que eres tan diestro tocando la lira como yo la flauta.

—Acepto con una condición.

—¿Cuál?

—Que el vencedor pueda hacer con el perdedor lo que quiera.

—De acuerdo.

Marsias compite con Apolo

La competición empezó con un empate entre ambos contendientes. Era imposible decir qué instrumento sonaba mejor. Entonces, Apolo lanzó un desafío a su contrincante para discernir de una vez por todas cuál de los dos era el mejor músico:

—Veamos si también eres capaz de tocar la flauta volviéndola del revés, como yo hago con la lira.

Marsias lo intentó, pero no lo logró. Ante el fracaso del sileno, el dios fue declarado justo vencedor. El castigo de Apolo fue cruel: colgó a su contrincante de un árbol y lo despellejó vivo. Después se arrepintió y lo transformó en río.

Narciso y Eco, el amor imposible

Tanto Narciso como Eco fueron personajes mitológicos cuyos nombres se han introducido en nuestro lenguaje actual por derecho propio. Así, Narciso se enamoró de sí mismo y desde entonces es narcisista quien está excesivamente pendiente de su persona. Y Eco fue una ninfa parlanchina castigada a repetir solamente las últimas palabras que cualquier otro pronunciara.

El castigo a la ninfa parlanchina

La ninfa Eco era muy graciosa y divertida. Todos la conocían por su prodigiosa habilidad con la palabra. La joven sabía jugar como nadie con el lenguaje y su conversación, aunque el tema resultara mortalmente aburrido, acababa siendo chispeante y entretenida.

Una mañana, como tantas otras, las ninfas se reunieron en el monte, y Zeus, como tantas otras veces, apareció de improviso. Al padre de los dioses le agradaba corretear con las ninfas y llevarlas al huerto —en el mal sentido de la expresión— e incluso se olvidaba de su mujer.

Su esposa, Hera, en cambio, nunca se olvidaba de él. Como era extremadamente celosa y comenzaba a sospechar que las reiteradas e injustificadas ausencias de su marido tenían una razón poco clara, decidió seguirlo con discreción.

Pero se topó con Eco, a la que habían aleccionado debidamente. La joven ninfa salió a su paso y la entretuvo con un interesantísimo monólogo sobre las indigestiones pasajeras.

De esa manera, el díscolo Zeus pudo escapar a su esposa, y las ninfas se libraron de la venganza de Hera.

La diosa cayó en la trampa la primera vez.

Pero, cuando la escena se repitió, Hera adivinó el secreto y montó en cólera. La pobre Eco se llevó la peor parte:

—Desde ahora no tendrás poder sobre esa lengua osada que se ha burlado de mí. Ni tampoco serás libre para usar la voz cuando lo desees.

Eco la observó horrorizada. ¡Y ni siquiera había comprendido el alcance del castigo! Lo descubrió cuando intentó articular palabra. No pudo decir nada. Hera rió con sorna y se marchó murmurando:

—¡Cállate para siempre, Eco!

Y los labios de Eco pronunciaron sin que ella lo pretendiera:

—Eco, Eco, Eco...

Y así nació el eco, que tomó el nombre de la desventurada ninfa. Sin embargo, aquél sólo fue el inicio de su desgracia, porque, por aquel entonces, todavía conservaba su cuerpo y no se había enamorado de Narciso.

La profecía de Tiresias

El joven Narciso era el hijo del río Cefiso y de la azulada ninfa Liríope. La relación de sus padres no fue ejemplar, porque su progenitor aprovechó que la ninfa se había quedado atrapada en sus meandros para hacerla prisionera.